

Proyecto Internacional de Derechos Humanos - Londres

Boletín No. 180

16-28 Febrero 2008

Este boletín es editado quincenalmente y es distribuido gratis por correo electrónico.

Subscripciones: hrr_project@hotmail.com - Nuestros sitios Web son www.memoriaviva.com y www.ecomemoria.com

17 de Febrero 2008 La Nación

"El problema con Santelices es que no tuvo carácter"

El ex ministro y analista político cree que sería una "monstruosidad" quitar los derechos políticos a un ciudadano por lo que hizo hace 30 años. También distingue entre el Ejército y los militares que cometieron crímenes. "El país se reencuentra con el Ejército, pero eso no pasa por reconciliarse con la Brigada Mulchén? Eso sería una abyección", afirma.

Los militares son un tema de siempre para el ex embajador, ex ministro y hombre histórico de la Concertación. Durante la dictadura de Pinochet fueron su objeto de estudio en su condición de analista, pues "cuando se produjo el golpe, mi sensación fue que los civiles no sabíamos nada del mundo militar, y en consecuencia me dediqué a investigar y a escribir". Tiene varios libros sobre el pensamiento político castrense, así como sobre la política militar de Pinochet, algunos de ellos publicados en inglés. "En general, esos textos son leídos en la Academia de Guerra, porque nunca han tenido insultos a las Fuerzas Armadas. En otro plano fui duro con los abusos. Recuerdo haber escrito prólogos de libros como "Quemados vivos", sobre el caso de Rodrigo Rojas de Negri y Carmen Gloria Quintana, de esa mujer admirable que fue Patricia Verdugo", señala. Ya durante los años ochenta, Arriagada planteaba en sus textos que las violaciones de los derechos humanos cometidas por los militares no fueron responsabilidad del Ejército, sino responsabilidades individuales, a menos que la institución hubiese tenido una actitud de encubrimiento.

Ese es el gran karma que arrastran los militares hasta hoy, como lo demuestran los últimos sucesos.

Hay un hecho que es mundial: qué hacer con los abusos ocurridos en materia de derechos humanos, y es así en todos los países de la Tierra que tuvieron dictaduras militares en los años sesenta. Es un problema que está en la Unión Soviética, en Europa Oriental, en España, en América Latina, en Sudáfrica.

Y que no tiene respuesta definitiva.

No la tiene, y no hay respuestas fáciles. Los que han buscado atajos se han dado cuenta que han cometido tremendos errores. Los españoles, después de la Guerra Civil y de la dictadura de Franco, creían haber enterrado el tema, pero hoy basta llegar a España para saber que está flotando en el aire. Los uruguayos creyeron haber zanjado la cuestión a través de un plebiscito en su oportunidad, Julio María Sanguinetti me dijo que veía al pueblo uruguayo yendo a depositar su voto en la urna con la nariz apretada, pero el asunto volvió.

Finalmente, en ninguna parte las amnistías ni los puntos finales resultaron eficientes.

Ni las leyes de amnistía ni los puntos finales han sido solución, por el contrario. Pero, además, este no es un tema con las instituciones militares, sino con individuos que usando el uniforme cometieron crímenes que están condenados en la legislación desde siempre, que no son actos de guerra ni nada. Sacar a un tipo de una cárcel y torturarlo hasta matarlo no es un acto militar. Al revés, es una ofensa al honor militar. Creo que Chile se está reencontrando con sus Fuerzas Armadas, lo prueban todas las encuestas, pero lo que los países no aceptan es reencontrarse con los militares que cometieron crímenes. Son cosas muy distintas. El país se reencuentra con la institución

centenaria que es el Ejército, pero eso no pasa por reconciliarse con la Brigada Mulchén. Eso sería una abyección.

Probablemente vamos a seguir con este problema por mucho tiempo más como parte de la vida institucional del país.

Así va a ser. Pero eso, aunque doloroso, es más sano que la impunidad.

Ahora bien, Cheyre en su carta a la clase política dice: "Me inquieta que se terminen dilapidando los acuerdos alcanzados y se intente imponer una sanción moral a quienes han defendido y asumido la verdad", pues Santelices nunca ocultó ante el tribunal su actuación. Pienso que la defensa que Cheyre y otros hacen del general Santelices no encuentra fundamento ni en la teoría militar ni en el honor militar.

Se argumenta que el general Santelices recibía órdenes.

Si; pero la obediencia de los militares a sus mandos no es ilimitada ni ciega ni irreflexiva. Hay una vasta literatura sobre esto. En el

Ejército alemán había un principio que se llamaba de la "corresponsabilidad" y que establecía que el jefe que daba la orden no era el único responsable, sino también el que la transmitía y el que la ejecutaba. Y este principio no lo impusieron los activistas de derechos humanos, sino los más grandes militares prusianos, el mariscal Von Moltke o Luddendorf. Sin embargo, lo derogó Hitler. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Ejército francés lo incorporó en sus reglamentos de disciplina, señalando que el inferior que ejecuta una orden que comporta un acto ilegal asume plenamente la responsabilidad penal del mismo. Los ingleses son aún más claros: si una persona que está obligada a obedecer a un superior recibe de éste una orden ilegal, no debe cumplir tal orden, y en caso de hacerlo, caerá en la responsabilidad penal.

El general Cheyre, en declaraciones a Radio Duna, ha dicho que los acontecimientos suscitados a partir del caso de Santelices son el momento más crítico, lamentable y peligroso del proceso democrático.

Esa es una demasía. Pretender que la democracia está en un momento crítico porque a una persona se le presiona para que renuncie a la condición de general de la República, debido a que cuando era teniente se vio envuelto, cierto que en una función menor, en un asesinato colectivo de prisioneros políticos, que escuchó de modo presencial las descargas que consumaban el asesinato y que respecto de esos hechos guardó silencio durante casi 30 años esa es una exageración inaceptable. Lo que es claro es que el general Santelices nunca informó de esto, salvo cuando fue citado por el juez Guzmán, y eso fue 30 años después del hecho, y esa es una responsabilidad moral no menor.

Cheyre está defendiendo a alguien que no cometió un crimen, y él invoca un acuerdo en el Gobierno de Lagos. Está haciendo un punto político más allá de lo procesal.

Desconozco si ha habido acuerdos políticos entre el Gobierno de Lagos y el Ejército. Me parece sorprendente, porque en definitiva eso implicaría llamar a los comandantes en jefe a una deliberación política.

Pero en el documento de Lagos "No hay mañana sin ayer" dice: "Proponemos también diferenciar la responsabilidad de quienes actuaron bajo temor a represalias que amenazaban sus vidas en estado de ignorancia insuperable que prácticamente anulaba su capacidad de decisión, de aquellos otros que organizaron, planificaron la represión, dieron las órdenes, dirigieron la ejecución

de crímenes, por lo que ejecutaron directamente con pleno discernimiento". Ahí hay una doctrina de la autoridad máxima, el Presidente.

Él dice diferenciar, pero no exculpar. No la conocía, pero la frase de Lagos me parece razonable. Uno no puede poner en el mismo caso a quien diseñó una política de exterminio, como se hizo con el MIR, que con aquel que teniendo conocimiento de ese hecho no lo denunció. La transición chilena ha sido muy cuidadosa en los matices. Aplicada a Santelices es parecido a lo que digo: él no diseñó el crimen, ni lo ordenó ni lo ejecutó. Pero los hechos en que se vio envuelto no son menores: yo entrego 14 personas maniatadas, vendadas, sé lo que van a hacer con ellas, me retiro, escucho las descargas, sé que las han asesinado, y guardo el silencio durante 30 años. Uno puede llegar a comprender y decir: este señor tenía 20 años, era un teniente, se vivía en una dictadura, pero eso no excluye una responsabilidad moral.

¿Qué quiere Cheyre?

En el fondo, Cheyre quiere situar los hechos en un contexto amplio, diciendo algo así como que "el que esté libre de pecado que tire la primera piedra".

En cierto aspecto Cheyre tiene razón, pero su juicio, al no tener matices y contener confusiones, en vez de ayudar a aclarar las responsabilidades las confunde. Concretamente, no se puede poner en un mismo rango las responsabilidades políticas y las responsabilidades penales.

Entonces, está de acuerdo con Cheyre en que hay una responsabilidad política que va mucho más allá del Ejército. Sin duda, a lo menos 15 años antes de que Cheyre diera a conocer el documento "Nunca más", innumerables personas de la Concertación, entre ellas yo, afirmamos que la mayor responsabilidad del golpe no era de los militares, sino de los civiles, y concretamente de aquellos que habíamos ido destruyendo gradualmente la democracia chilena. Tendrán diferentes grados de culpa y en eso no se exculpa ni la DC, ni los socialistas, ni el PC, ni la derecha, ni tampoco los empresarios o la prensa. No es que bruscamente cuatro generales malos llegaron y decidieron dar un golpe, eso no es así. En eso, Cheyre reitera ideas que son muy anteriores. Pero eso no desvaloriza el "nunca más" y menos el hecho de que, a través de él, Cheyre tuviera como comandante en jefe el coraje de asumir de manera simbólica la responsabilidad política del Ejército. Ese acto merece respeto. ¿Dónde está su discrepancia?

Es grave y profunda. Cheyre confunde responsabilidad política con responsabilidad penal. No hay ningún general, u oficial, de Ejército o de otras ramas, procesado por sus responsabilidades políticas en el golpe militar. Todos lo están por la comisión directa o por complicidad en actos que son crímenes: ejecuciones sumarias, asesinatos de personas que estaban en cárceles regulares o clandestinas o en recintos militares, por desapariciones de detenidos, o actos de tortura que causaron la muerte.

Y en ese sentido, ¿qué le parece la posición de Cheyre cuando dice: "En la misma línea que avanzó el Ejército sea exigible a quien ocupe el cargo de Presidente de la República, ministro, parlamentario, etc., el no haber estado directa o indirectamente vinculado a organizaciones o acciones que le impidan ser ajeno a presiones de grupos de poder que ejerzan influencia en sus decisiones"?

Eso no tiene fundamento. En teoría, la inhabilitación legal para ocupar los más altos cargos políticos y de la administración en virtud de una responsabilidad política es un instrumento

totalitario. Además, la aplicación práctica generaría enormes injusticias, avivaría odios, desataría cazas de brujas. Imagínese: usted fue comunista, no puede; fue oficial de Ejército por 30 años, tampoco; socialista de línea dura, jamás; dirigente DC antes de 1973, igualmente inhabilitado; funcionario del régimen militar, peor. Pero, además, ¿quién va a decidir esa "muerte cívica" de categorías amplias de personas, fundada no en actos criminales, sino en la ideología que profesaron o las políticas que impulsaron? ¿Una asamblea de santos? ¿Un grupo elegido por votación universal? Sería, literalmente, establecer la dictadura de la mayoría. Cheyre, en declaraciones posteriores, critica que la Presidenta haga guardia de honor en el féretro de Volodia Teitelboim, que es una de las personas con responsabilidad política en la creación del FPMR. Con franqueza, no la visita, pero sí lo de la guardia, me pareció un gesto excesivo. Pero, si entiendo bien, la propuesta de Cheyre, en la medida que fuera aplicable al PC, no habría comunista con derecho a ocupar un cargo en Chile. Eso estaba en el artículo 8º de la Constitución original de Pinochet, cuya derogación fue parte de las primeras reformas aprobadas después del plebiscito de 1988. Pero, de nuevo, no hay que confundir: los militantes del PC que se metieron en actos criminales, cuando los detectaron fueron condenados. Es lo mismo que ha sucedido con el Ejército, los que cometieron crímenes están siendo procesados y condenados, pero sería una monstruosidad que a un ciudadano, en función de haber estado en altos cargos durante el régimen militar, se le impidiera ejercer cargos públicos o postular a cargos electivos. No sucedió con [Rodolfo] Stange, no ha sucedido con generales y almirantes que han sido miembros del Senado.

Cheyre incluso habla de los jueces que no tuvieron el suficiente coraje para defender los derechos humanos y también menciona a la derecha.

Por supuesto que hay responsabilidad política de la Corte Suprema y del Poder Judicial, y el general Cheyre hace muy bien en recordar la responsabilidad política de la derecha.

A partir de este episodio, ¿se resiente la relación que había logrado con tanto esfuerzo la Concertación con el mundo militar?

La Concertación nunca ha querido desarrollar una política contra el Ejército; por el contrario, lo considera una institución esencial de la nación. Hubo otros que lo intentaron, como en el caso argentino, donde se les rebajaron los presupuestos, los sueldos, se degradó la carrera militar. Digo que la Concertación enfrentada al problema universal de qué hacer con los pasados abusos de derechos humanos, en vez de haber actuado a lo bruto y haber dicho "aquí es el Ejército", dijo: "Vamos a precisar responsabilidades individuales, porque las responsabilidades penales son individuales y no de la institución".

Así fue desde siempre.

17 de Febrero 2008 La Nación El conscripto comunista de Infantería

Camilo Balbontín tenía 18 años cuando entró a la Escuela de Infantería de San Bernardo. Recuerda quiénes eran los oficiales más crueles.

Después que le liberaron, le obligaron a entrar a la DINA, pero él se negó.

En enero de 1973 se fue a cumplir con el servicio militar obligatorio a la Escuela de Infantería de San Bernardo. Su decisión fue, en parte, porque le gustaba la cuestión militar. Pero también porque su familia lo empujó para que "me olvidara de la cuestión del comunismo", recuerda después de casi 35 años.

Pero al cabo de unos meses sintió el rigor. Mientras hacía guardia, un día lo arrestaron. Le tajaron las manos con un corvo, le arrancaron las uñas de una mano, le quemaron los brazos con cigarrillo, y le amarraron a un catre metálico sin colchón, donde dormía. Por las noches, a veces lo despertaban con un balde de agua y lo sacaban a trotar. Para que nunca se olvidara de que era "un comunista traidor", y siempre recordara que Allende era un "hijo de puta".

Camilo Balbontín es un nombre supuesto. Dice que en los procesos Paine y Cerro Chena todavía rondan las amenazas de los criminales de entonces. Por eso se cuida y entrega su testimonio con esa chapa.

Vivió el horror después del golpe militar en esa escuela y en el campo de prisioneros de Cerro Chena, el "Cuartel Dos" de ese regimiento.

Tenía 18 años, un fusil que después le quitaron, y las ideas firmes que le acompañaron en el martirio. Militante de las Juventudes Comunistas y dirigente de la educación secundaria, se codeaba con Gladys Marín en las reuniones de partido. La "Pasionaria" chilena, bastante más lozana que la española Dolores Ibárruri, le alentaba a seguir adelante por la senda proletaria.

Cuando se vistió de conscripto congeló su militancia en acuerdo con su estructura política. "Éramos varios los militantes de la Jota que ese año entramos a la Escuela de Infantería. No queríamos infiltrar a nadie, sólo cumplir con el deber de la patria, pero alguien nos denunció", dijo a LND frente a su esposa, que sigue cada palabra suya, transportándola a esos tiempos difíciles.

El día que por contactos familiares con la oficialidad de Carabineros le dejaron libre, y cuando todavía sus heridas de la tortura no sanaban bien, le llamó el capitán Alfonso Faúndez Norambuena.

"Mira, huevón, no moriste porque te salvaron los pacos, pero ahora tenís que trabajar pa nosotros en la DINA", le rugió amenazante.

Camilo se negó y le contestó: "Quisiera que un día nos encontremos en la calle, los dos de civil y frente a frente".

Ya se sentía salvado, pero además era terco. Pasó el tiempo y el encuentro se produjo. "Hace unos diez años lo encontré en uno de esos pasajes medio siniestros que hay en la calle Zenteno y le dije de todo. No sé si todavía estaba en el Ejército, pero Faúndez andaba de civil", cuenta con orgullo.

Faúndez era el jefe de la Sección II (de Inteligencia) de la Escuela de Infantería y se movía entre ésta y el campo de Cerro Chena, poco distantes una del otro. Era uno de los más temidos por los prisioneros. Su "yunta" era el capitán Víctor Pinto Pérez, a quien se le identifica en los crímenes de Paine y Cerro Chena como el subteniente Andrés Magaña.

"Mataron a mucha gente en Cerro Chena, y después escondieron sus cuerpos en una mina de cal por ahí cerca. Yo conviví con los prisioneros, amarrados de pies y manos todo el día, tirados en el suelo", recuerda.

Por momentos pareciera que va a explotar en lágrimas mirando sus manos marcadas por el filo del corvo, pero sigue hablando con entereza.

Recuerda al teniente Juan Carlos Salgado Brocal. "Él, después, llegó a general y fue a mentir a la Mesa de Diálogo el año 2000, porque era comandante de una compañía de fusileros en Cerro Chena y sabía todo lo que pasó con los detenidos que desaparecieron desde ahí", afirma con un dejo despectivo.

A los actuales generales en servicio activo Guillermo Castro, Cristián Le Dantec, Eduardo Aldunate y Julio Baeza los ubica

llegando a la Escuela de Infantería en agosto de 1973, recién egresados como subtenientes desde la Escuela Militar.

"Ellos estuvieron también en Cerro Chena, pero no puedo decir si cometieron actos que violaron los derechos humanos. Tampoco sé si alguno de ellos acompañó a Magaña en los operativos. Lo que sí está claro es que a Magaña lo acompañaron otros oficiales menos antiguos que él, porque operaciones tan delicadas como matar prisioneros, en el Ejército no las comanda un solo oficial que todavía era un subteniente", reflexiona.

"Pero los más crueles que recuerdo, además de Faúndez, eran los oficiales Julio Cerda Carrasco y Juan Carlos Nielsen Stambuck (ambos en retiro)", afirma aportando los nombres completos. Ambos alcanzaron el alto mando del Ejército, y Cerda, ex agente DINA y CNI y ex jefe del Batallón de Inteligencia del Ejército, está procesado como coautor del asesinato de cinco militantes del FPMR en septiembre de 1987.

Faúndez, alias "Don Pedro", llegó después a jefe de la Brigada Purén en la DINA y en su contra pesan dos procesamientos. Revisada una lista de oficiales adscritos a la Escuela de Infantería de San Bernardo a septiembre-octubre de 1973 que existe en el proceso Paine, surgen sorpresas. No pocos pasaron a la DINA y luego siguieron carrera en la CNI. Y varios llegaron a integrar el cuerpo de generales del Ejército.

Camilo levanta un dedo en señal de que quiere agregar algo. "Se trata de unas visitas ilustres que conocí en Cerro Chena", comenta sonriente. Nada menos que los ases de la Caravana de la Muerte, el general Sergio Arellano, el brigadier Pedro Espinoza y el teniente Fernández Larios, que también servía en la Escuela de Infantería.

"Llegaron un día que estaba de guardia, antes de mi detención, debí ser noviembre de 1973. Se metieron donde estaban los prisioneros.

Después de su visita se intensificó la tortura y asesinatos. No sé si habrá sido el último episodio de la Caravana de la Muerte", afirma quien fuera conscripto hace 35 años. Hoy ya no milita en el PC.

17 de Febrero 2008 La Nación

Altos mandos de FF.AA. chilenas, compuesta por violadores de los DDHH

Desde diversos sectores de la vida política nacional y de las organizaciones ligadas a la causa de la defensa de los derechos humanos en Chile, viene surgiendo la preocupación por la composición del Alto Mando de las Fuerzas Armadas del país del Cono Sur.

Dicha preocupación ha quedado de manifiesto a raíz de que cinco de los altos mandos más importantes del Ejército chileno ha sido inculcados en los crímenes de alrededor de 30 campesinos en el Municipio de Paine, localidad cercana a la capital chilena y en los crímenes de la Caravana de la muerte.

Los hechos ocurrieron los primeros días del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, en donde oficiales del ejército, junto a latifundistas de la zona, participaron en la detención y posterior ejecución de los campesinos. Otros colaboraron directamente con el criminal y Jefe de la Caravana de la muerte, Sergio Arellano Stark. Ante tal situación abogado de Derechos Humanos han señalado que las Fuerzas Armadas no han sido prolijas en el nombramiento de los cargos que sustentan las instituciones militares.

Estas preocupaciones se enmarcan en el caso del general Gonzalo Santelices Cuevas, quien fuera nombrado jefe de la guarnición militar de Santiago, a pesar de reconocer su participación en el caso Caravana de la Muerte.

El abogado defensor de derechos humanos "Héctor Salazar" pidió más intervención por parte del gobierno dentro de las Fuerzas Armadas para nombrar los cargos, ya que los criterios de ésta no son correctos para estos efectos, como es el caso del general "Gonzalo Santelices".

Esta situación indudablemente que no es una situación nueva, pues los oficiales que eran más jóvenes al momento del golpe de Estado, hicieron causa común con los altos mandos fascistas que participaron directa en los crímenes cometidos por el régimen militar.

Posteriormente y durante 17 años y más, las Fuerzas Armadas chilenas ha sido formadas bajo los criterios militares prusianos y de la Doctrina de la Seguridad Nacional, que definen como a su principal enemigo interno; a los sindicatos, las organizaciones sociales del pueblo chileno, además de las organizaciones políticas humanistas, progresistas y de izquierda.

Pero no solo eso, durante los años de la dictadura militar, y en esta democracia restringida y tutelada, oficiales de las Fuerzas Armadas han seguido participando en las escuelas de torturas del Ejército norteamericano. De allí que no es extraño que los altos mandos de las Instituciones militares chilenas tengan un mentalidad absolutamente neofascista.

Otro hecho que refleja esta situación, es la falta de cooperación de las diversas ramas de las fuerzas armadas y de la policía militarizada chilena, en el esclarecimiento de la situación de las violaciones de los derechos humanos, en que se han visto involucrado el personal militar, durante la época de la dictadura. Otro aspecto que sigue garantizando la impunidad de la FF.AA. es la existencia de la Constitución de la dictadura, su sistema electoral antidemocrático y la Ley antiterrorista que busca aplastar cualquier signo de rebeldía, que ponga en peligro los intereses de la oligarquía económica y financiera del país. En este sentido lamental reaccionaria de los altos mandos sigue prevaleciendo en las instituciones militares chilenas.

El Partido Militar (FF.AA.), dejó traslucir su compromiso con la clase económicamente dominante del país, para los funerales del ex dictador Augusto Pinochet, en donde incluso uno de los nietos del dictador fallecido, en concomitancia con otros oficiales erigió una arena política en defensa de los crímenes y los robos cometidos por la familia Pinochet-Iriart y sus cómplices existente al interior de las fuerzas armadas.

Pero no solo eso, la ligazón política de los Altos Mandos del estamento militar con la Alianza por Chile, se ve reflejada en uno de sus principales voceros civiles, que permanentemente sale en defensa de los horrores cometidos bajo la dictadura militar. Iván Moreira, diputado (UDI), cuenta con fuertes lazos en la cúpula militar y maneja además información privilegiada de inteligencia, que lo informa constantemente de los pasos que dan las agrupaciones políticas de izquierda y de centro izquierda, que se encuentran afincadas en el gobierno de la Concertación.

Una fuente de la oficialidad de las Fuerzas Armadas, nos señalaba además que muchos de los altos mandos se encuentran coludidos con los grandes empresarios de la Alianza por Chile, los cuales directamente o través de sus familias han sido involucrados en los negocios de la clase dominante del país.

Cabe recordar además, que las Fuerzas Armadas chilenas, son una de las Instituciones donde se expresa fuertemente la estratificación social, ello debido a que los oficiales de los institutos armados chilenos, provienen de las capas media alta

hacia arriba y es muy difícil encontrar un hijo de obrero, de allí que prevalece en su mentalidad una conducta autoritaria, dogmática, eminentemente reaccionaria y de servicio al 18% más rico del país. De allí que se hace necesario depurar las fuerzas armadas de todos los oficiales formados bajo la dictadura y que se han visto involucrados en las violaciones de los derechos humanos acaecidos bajo el régimen militar. Ahora el acceso al estamento militar y su escalafón de oficiales es el que debe ser democratizado. Se debe terminar con el negocio del ingreso a las escuelas de oficiales, en donde solo los jóvenes pudientes pueden ingresar a las escuelas matrices de las distintas ramas existentes.

Finalmente hay que desterrar de los institutos armados las enseñanzas neofascista, que proviene de la Escuela de las Américas y que forman oficiales al servicio de los intereses geopolíticos del Imperio y de las oligarquías económica y financiera del país. Por ello cabe reiterar el llamado que han realizado algunos abogados en donde señalan que... "a futuro es el gobierno el que debe tener más injerencia en los criterios de ascenso (...) puesto que las propias Fuerzas Armadas no han sido prolijas hasta ahora en este criterio", afirmó Héctor Salazar a la prensa.

18 de Febrero 2008 El País

"Serios" indicios de que Plan Cóndor asesinó a Goulart

Los indicios de que el denominado Plan Cóndor, la coordinación represiva de las dictaduras sudamericanas en los 70, asesinó al ex presidente brasileño Joao Goulart son "serios", afirmó el senador Cristovam Buarque.

El legislador organizó audiencias en el Congreso para analizar ese caso y la desaparición de dos ciudadanos italo argentinos en 1980 en Brasil.

Buarque, ex candidato presidencial en 2006, dijo en entrevista a ANSA que "en los últimos tiempos han surgido indicios cada vez más serios sobre la posibilidad" de que Joao Goulart haya sido víctima de una conspiración internacional.

El legislador del Partido Democrático Trabalhista (PDT) sostuvo que "es bien posible" que el ex mandatario haya sido asesinado el 6 de diciembre de 1976 durante su exilio en Argentina víctima de una operación ejecutada por miembros de los servicios de inteligencia de Uruguay.

Oficialmente Goulart falleció de un paro cardíaco y fue enterrado en Sao Borja, Rio Grande do Sul, sin ser sometido a una autopsia.

La "hipótesis" sobre las presunta conexiones entre la muerte de Goulart y el Plan Cóndor fue "haciéndose más consistente" tras revelaciones del ex espía uruguayo Mario Neira Barreiro.

En declaraciones recientes al diario Folha de San Pablo, Neira Barreiro, actualmente preso en Rio Grande do Sul, afirmó haber participado de una supuesta trama para envenenar a Goulart en su finca de Mercedes, provincia argentina de Corrientes, próxima a la frontera con Brasil.

Buarque es el autor de un requerimiento, aprobado con amplio respaldo de sus colegas, para que Neira Barreiro preste testimonio ante el Senado en marzo.

"Indudablemente su comparecencia puede ser histórica y ser el hecho que movilice a la opinión pública y las autoridades a investigar hasta que encontremos la verdad", analizó.

Cristovam Buarque planteó que "en esos casos una revelación lleva a otra, y situaciones que parecían muy oscuras comienzan a ser esclarecidas".

El Movimiento Justicia y Derechos Humanos, dirigido por Jair Kirschke, obtuvo en diciembre pasado documentos inéditos del

Ejército uruguayo que confirman que Goulart era considerado un "elemento subversivo" y debía ser vigilado.

Uno de los informes señala que Goulart fue espiado cuando se reunió con el ex presidente boliviano Juan José Torres y el ex senador uruguayo Zelmar Michelini.

Kirschke, quien investiga las redes del Plan Cóndor en Brasil desde hace tres décadas, afirmó que se trata de "pruebas documentales importantes porque los tres que estuvieron en esa reunión de Buenos Aires relatada en el documento del Ejército están muertos y, coincidentemente, los tres murieron en 1976". El senador Buarque entiende que las muertes de Goulart, Torres y Michelini "pueden estar ligadas por un mismo hilo conductor que lleve hasta el Plan Cóndor".

Además, planteó la "necesidad de averiguar si la muerte de Goulart tiene o no" relación con la del ex presidente brasileño Juscelino Kubitschek, en un extraño accidente automovilístico, en agosto de 1976.

Goulart y Kubitschek compartían la idea de formar un frente de dirigentes democráticos para forzar el fin del régimen de facto. El senador del PDT, agrupación que levanta las banderas políticas de Goulart, espera que el testimonio del ex agente uruguayo en el Congreso haga que "gobierno del presidente Lula (da Silva) se vea en la obligación de abrir un proceso".

Cristovam Buarque dijo que las sesiones del Senado tendrán una importancia en Brasil similar a la que en otros países de la región tuvieron los juzgamientos de los ex represores.

Se trata de un "acontecimiento de importancia histórica porque en Brasil no ocurrió como en Chile, Uruguay o Argentina donde se ha ventilado lo ocurrido en las dictaduras y hubo procesados y condenados".

"Tenemos que conocer la historia, no se quiere a punir a nadie, pero es imprescindible que sepamos la verdad de los dos lados, de los militares y de los que estuvieron en la lucha armada".

También deberán comparecer a la Cámara Alta los cuatro ex miembros de la dictadura que fueron acusados por la jueza italiana Luisana Figliola de pertenecer a la red Cóndor y estar implicados en la desaparición de dos italo argentinos, Horacio Campiglia e Ismael Viñas, en Brasil en 1980.

Buarque afirmó que Brasil debe "colaborar en todo lo que sea posible" con los magistrados italianos y pero descartó la posibilidad de extraditar a los acusados brasileños a Italia.

20 de Febrero 2008 El Mostrador

Encuentran cráneo humano en zona desértica cercana a Copiapó

Hallazgo podría corresponder a víctima de la Caravana de la Muerte que durante su paso por la ciudad el 16 de octubre de 1973 dio muerte a 13 personas que se encontraban detenidas en la cárcel local.

Un cráneo humano que presentaba signos de quemaduras y un orificio en uno de sus costados fue encontrado en pleno desierto en las cercanías de la ciudad de Copiapó, lo que alertó a familiares de ejecutados políticos de la zona.

El hallazgo de la calavera ocurrió a la altura del kilómetro 792 de la Panamericana Norte movilizando a Carabineros, Investigaciones y familiares de víctimas de la represión política desatada en la capital de la Tercera Región tras el 11 de septiembre de 1973.

El cráneo fue encontrado hace una semana por Carlos Díaz quien no denunció el hecho por temor y lo dio a conocer a la junta de vecinos a la que pertenece que hizo la denuncia correspondiente.

Por su parte la vicepresidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Viviana Díaz, señaló que el 16 de octubre de 1973 durante el paso de la Caravana de la Muerte por Copiapó fueron ejecutados 13 presos políticos en la cuesta Cardone, encontrándose los cuerpos de solo 10 de las víctimas.

21 de Febrero 2008 La Nación chileno entre buscados en fosa en Bolivia

Un equipo forense de Argentina comenzó en Bolivia la exhumación de los restos de trece personas, entre los que se cree hay tres argentinos y un chileno, supuestamente asesinadas durante la dictadura de Hugo Banzer Suárez (1970- 1978), informó hoy la estatal Agencia Boliviana de Información (ABI).

La exhumación se inició este miércoles en una fosa común en el cementerio de La Paz, a petición de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en presencia de la ministra de Justicia, Celima Torrico, y representantes de la Asociación de Familiares de Detenidos, Desaparecidos y Mártires por la Liberación Nacional (Asofamd).

La búsqueda se realiza a instancias de una iniciativa de la familia Rainer Ibsen, que busca a dos personas, padre e hijo, desaparecidos durante la dictadura de Banzer. La forense argentina Silvana Durnal explicó a ABI que los restos serán exhumados de la fosa común y sometidos a un examen de ADN, además de que se establecerán la causa de la muerte de esa trece personas.

Según la agencia estatal, en la fosa común, sobre la que Asofamd levantó un mausoleo, se buscan los restos del estudiante argentino Rodolfo Abel Elguero Suárez, integrante del Ejército de Liberación Nacional (ELN) que operó en esa época en Bolivia.

También de Nicolás Salvador Dorsa Caballero y scar Pérez Betancourt, también argentinos y presuntos miembros del ELN.

En la lista de los restos buscados también se encuentra el nombre del minero chileno Agustín Carrillo Carrasco, supuesto miembro del ELN y muerto durante el Gobierno de Banzer.

La ministra Torrico sostuvo que, aunque Banzer no puede ser juzgado porque murió por causa de un cáncer en 2002, se puede enjuiciar a quienes fueron parte de su Gobierno, ya que los delitos de lesa humanidad no prescriben.

25 de Febrero 2008 La Nación

De la DINA a La Rioja, pasando por Providencia

"Un ponente muy singular". Así calificó el diario español "El País" el más prestigioso del mundo en lengua española al alcalde de Providencia, Cristián Labbé, quien el 5 de febrero asistió como exponente a unas jornadas sobre innovación y cambio cultural organizadas por el Gobierno conservador de la Comunidad Autónoma (región) de La Rioja.

Claro que lo que llamó la atención en el viejo continente no fueron las ideas de Labbé sobre administración municipal, sino su pasado ligado a las violaciones de los derechos humanos.

"Labbé no sólo ha sido coronel de la DINA, enjuiciado por casos de torturas y reconocido por algunos de los detenidos en Tejas Verdes. El ex prisionero Anatolio Zárate, miembro del Partido Socialista, acusó directamente a Labbé de haberle torturado. Labbé también fue acusado de estar presente en el centro de tortura Rocas de Santo Domingo.

Prisioneros de aquel centro le reconocieron e incluso un ex agente de la DINA testificó que su presencia era habitual en 1974", señala el reportaje, titulado "De la DINA a La Rioja", y que destaca que el edil fue absuelto, al considerar el juez que la enseñanza de los métodos de tortura no es un delito.

"Nadie, ni Gobierno ni oposición, reparó en los antecedentes del actual alcalde de la Unión Demócrata Independiente. El Gobierno riojano rebajó la intensidad del acontecimiento, pero siguió adelante con las jornadas, olvidando el pasado del principal ponente", se lamenta el periódico, que recuerda también que el ex militar fue jefe de seguridad de Augusto Pinochet y mano derecha del reo Manuel Contreras.

25 de Febrero 2008 El Mercurio

Comandante en jefe del Ejército y el proceso Paine: Izurieta da apoyo a generales mencionados en caso de DD.HH.

Su "respaldo" y "confianza total" expresó el comandante en Jefe del Ejército, general Óscar Izurieta, a los cuatro generales de esa institución que han prestado declaración "voluntaria" en la investigación que sustancia el ministro de la Corte de Apelaciones Héctor Solís por el secuestro y muerte de 22 campesinos en la localidad de Paine, en 1973.

Izurieta descartó que el caso del general Óscar Santelices, que dio por cerrado, se pueda repetir con estos uniformados. "Me parece que no tiene más vuelta que darle" al aludir a la renuncia de Santelices luego de ser citado a declarar a tribunales por su presunta participación en las operaciones de la llamada "Caravana de la Muerte". Asegura que el caso Santelices no sentará un precedente.

Y descartó tajantemente que el caso del general Miguel Trincado, quien pasó a retiro a fines del 2006, haya tenido que ver con el sometimiento a proceso que enfrentó meses más tarde ese oficial. "Se fue a retiro dentro de un proceso normal del Ejército. Las razones fueron absolutamente profesionales", recalcó, asegurando que "no hay una relación entre casos de Derechos Humanos y su llamado a retiro".

Los generales Guillermo Castro, Eduardo Aldunate, Julio Baeza y Cristián Le Dantec han negado "toda responsabilidad en los hechos" en el caso Paine, dijo Izurieta. "Se les ha querido involucrar en un caso en un tribunal", añadió.

En una cerrada defensa de los oficiales aludidos, el general Óscar Izurieta esgrimió el principio de inocencia. "Ninguna persona es culpable mientras un tribunal competente no la haya sometido a proceso o haya determinado su culpabilidad y dictado una sentencia", recalcó.

Izurieta enfatizó que los cuatro fueron en forma voluntaria ante el tribunal, "sin haber sido citados por el juez", aunque aclaró que Castro, quien había sido convocado previamente, fue a prestar declaración de nuevo en forma voluntaria.

El comandante en jefe dijo que ellos ya declararon y "esperemos los resultados del magistrado. Y yo tengo la convicción, y por eso les doy mi respaldo, de que son personas que han actuado absolutamente con la verdad y hasta el día de hoy no hay ninguna resolución del juez competente que pese sobre ellos. Y eso es lo importante".

Consultado por qué no se presentaron antes, ante la Mesa de Diálogo, dijo que "por qué se va a presentar en un caso en que él cree que no tiene nada que ver".

El general Izurieta viajó a Chaitén (X Región) acompañado por el ministro de Defensa, José Goñi. Sostuvo que el viaje estaba planificado desde octubre y que "a veces las coincidencias ayudan mucho".

26 de Febrero 2008 La Nación

Intentan derrumbar histórico proceso de la escuadra de 1973

Un recurso de revisión que busca anular la sentencia dictada en 1976 por la justicia naval de Valparaíso en la causa conocida como "Sedición y motín" en contra de efectivos de la Armada y civiles dirigentes de los partidos de la Unidad Popular, será visto en los próximos días por la Sala Penal de la Corte Suprema.

El recurso fue interpuesto por el abogado Rafael Urquieta, en representación del ex funcionario de la Corporación de Vivienda de Valparaíso, dependiente del ministerio del ramo, y ex militante del MAPU, Hugo Maldonado Alvear.

Maldonado cumplió cinco años en prisión, condenado en el proceso que se abrió un mes antes del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en las fiscalías navales de Talcahuano y Valparaíso, radicado finalmente en esta última ciudad.

En los días previos a la asonada militar, fueron también acusados de instigar una infiltración en la Armada los secretarios generales del partido Socialista, Carlos Altamirano, del MAPU, Oscar Guillermo Carretón, y del MIR, Miguel Enríquez.

A partir del 5 de agosto de 1973, en Talcahuano y Valparaíso fueron detenidos al menos cien marineros y cabos que servían a bordo de los barcos de la escuadra y otras escuelas y reparticiones navales. El único suboficial arrestado y luego también condenado a una pena de prisión, fue Juan Cárdenas Villablanca.

Revisar la historia

Según los recurrentes, si la Sala Penal falla favorablemente el recurso, significaría "el derrumbe" de todo ese proceso durante el cual los detenidos fueron sometidos a brutales torturas, incluso antes que se produjera el golpe de Estado.

En la presentación los reclamantes mencionan los pronunciamientos que la Corte Suprema ha tenido en años anteriores respecto de Garretón y Altamirano, favoreciéndolos en sus presentaciones de acciones similares (pero que no apuntaron a la revisión de fondo del proceso) dejándolos libres de imputación en esta causa.

"Los hechos nuevos para recurrir de revisión es la historia, que probó que quienes cometieron delitos fueron los acusadores en 1973", dijo Urquieta.

El origen del proceso de la escuadra de 1973, fueron las denuncias que tras el fracasado intento golpista del 29 de junio de 1973 (Tancazo y/o Tanquetazo) formularon a Altamirano, Garretón y Enríquez miembros de la Armada. Estos informaban acerca de los planes que se gestaban al interior de la oficialidad para derrocar al gobierno de Allende.

Estos marineros formaron una red clandestina a bordo de los barcos con el fin de apoderarse de ellos una vez ocurrido el golpe militar, para resistir y apoyar a Allende.

26 de Febrero 2008 La Nación

Juez Solís prepara nuevas diligencias en caso Paine

Una serie de nuevas diligencias prepara el juez del caso Paine, Héctor Solís, sobre la identificación de dos oficiales con el grado de subteniente que, según testigos oculares, en octubre de 1973 habrían formado parte del operativo en el que efectivos de la Escuela de Infantería de San Bernardo mataron a 22 campesinos.

Las diligencias dicen también relación con la indagatoria para determinar a los autores de la exhumación de los cuerpos en 1978 y su posterior lanzamiento al mar.

Respecto de la identificación de los dos subtenientes, el comandante en jefe del Ejército, general Óscar Izurieta, declaró el domingo que "hay generales (en servicio) a los que se les ha tratado de involucrar

en el caso (Paine) que investiga un tribunal, y quiero reiterar la confianza total (en ellos) del comandante en jefe".

Izurietta aludió a los generales Guillermo Castro, Cristián Le Dantec, Julio Baeza y Eduardo Aldunate, quienes han declarado ante Solís por formar parte del universo de oficiales que, con el grado de subteniente, prestaban servicio en la Escuela de Infantería en octubre de 1973. El primero debió atestiguar en calidad de inculcado y los tres últimos como testigos.

El jefe castrense afirmó que la salida del Ejército del general Gonzalo Santelices por su participación en la fase preparatoria de los hechos que culminaron con el asesinato de 14 prisioneros a manos de la Caravana de la Muerte en octubre de 1973, "no marca ningún precedente en la relación entre el Ejército y el Gobierno". Con ello, Izurietta dejó entrever que no habría otra "renuncia" de un general en servicio activo por materias relacionadas con violaciones de los derechos humanos, siempre y cuando alguno no sea procesado por un juez, principio que se rompió con la salida de Santelices.

"En Chile existe un estado de derecho y una de sus columnas vertebrales es la presunción de inocencia", expresó el comandante en jefe.

Al respecto, el ministro de Defensa, José Goñi, quien visitó el domingo Chaitén junto a Izurietta, sostuvo que "el tema (Santelices) está cerrado para el Ejecutivo".

Aunque agregó que "si es necesario, se mejorarán algunos aspectos" para la conformación del próximo alto mando del Ejército.

Hasta ahora, a ninguno de los cuatro generales activos se les ha formulado cargos en el proceso Paine.

En tanto el magistrado continúa con su línea investigativa para determinar la certeza de que, de acuerdo a testigos, además del entonces subteniente Andrés Magaña, otros dos subtenientes habrían participado en los hechos.

27 de Febrero 2008 Rebellion.org

Una visita al campo de prisioneros Piragua: Semillas de la memoria

El minibús con pasajeros altioplánicos nos deja en el cruce a Pisagua.

En la garita nos juntamos con un estudiante de mecánica de un Liceo de Iquique y con Juan, un joven trabajador que se interesa por nosotros, mientras trata de controlar a su inquieto hijo de cuatro años.

"Somos como 300 las personas que vivimos abajo, nos indica hacia un horizonte que desde hace días nos resulta similar".

El camino es áspero y descendiente, vestigios de una antigua loza de asfalto. Un furgón gris, que casualmente llegó a recoger a otros pasajeros, nos baja los 40 km. de distancia de aquí hasta el mar.

"El 73' llegué por mar", comento, "Hace exactamente 30 años, un día 17 de septiembre, como hoy".

Juan me mira de una manera distinta. Somos los fantasmas del pueblo que empezamos a volver.

"No venía desde el 73', le digo. El me mira directamente como tratando de reconocermé, pero entiende.

"En esos tiempos no estábamos, se disculpa. "Mi padre llegó hace como 13 años a Pisagua. éramos de Quillota. Ahora hay mucha gente de fuera.

Pocos son los antiguos, los que estaban entonces."

"Desocuparon el pueblo, cuando llegaron los militares, le explico. "Eso nos decían. Parece que dejaron a los de confianza del ejército, nomás."

"Así debió ser porque comentan que algunos viejos del pueblo ayudaban a los militares a fondear prisioneros. Cuando llega gente de Derechos Humanos", andan escondidos."

"Nosotros nunca vimos a nadie del pueblo. Cuando salíamos fuera de la cárcel nos mantenían con los ojos vendados."

Un cementerio perdido en la arena del desierto nos indica que en los tiempos del salitre todas estas inmensidades y dunas estaban pobladas por obreros de todo Chile. Las cruces y nichos se niegan a desaparecer bajo el tiempo de las arenas. El viento del caliche petrifica historias próximas, como la Escuela Santa María de Iquique, de gentes que trabajaron en estos cerros.

Mi memoria ha ido recuperando imágenes en estos días que atravesamos el desierto. Hay sequedades, vientos, colores, olores imposibles de asociar, que nos retraen a cuando nos trajeron a estas geografías y nos pusieron la muerte por delante.

"Ahora empezamos a descender", nos dice Juan, nuestro guía voluntario.

Pero antes, ya teníamos a nuestra derecha un espectacular corte, a pique, que obliga al vehículo a avanzar apegado al cerro y por el otro lado al precipicio vertiginoso que muestra una pequeña meseta en su base donde se desparrama el pueblo, unas 70 casas, que desde las alturas se ven como una maqueta.

Ahí está Pisagua, en el hoyo del mundo, al borde del Pacífico.

Un grupo grande de carabineros estaba a la puerta. No había tiempo ni opción. Alguien los sopló. Había llegado a mi pensión hacia solo unos minutos. Escuché salir a la dueña de casa. Tal vez fue ella o me esperaban y caí en el nido. Sentí la pasada de bala de sus metralletas. Los pasillos pronto se repletaron de uniformes y armas apuntándonos. Enfrentábamos el frío helado que los dos días anteriores nos imaginábamos mientras nos refugiábamos en los cerros. A un compañero de Filosofía y de Puerto Varas los culataban en el pecho.

El carabinero creyó ver una sonrisa sarcástica cuando le dijo que era un extremista. El muchacho expreso así la falsedad de la acusación. Y el cabo las emprendió contra el mas inocente de toda la Facultad. Entonces sentí que la cosa estaba pesada y lo mas importante era no complicarla mas. Encontraron evidencias: libros, afiches, papeles mimeografiados del Senado Académico de donde yo era miembro. Fue suficiente para sacarme de allí. Calladito me llevaron a la 3ra Comisaría. Me mantuvieron despierto y de pie, a punta de culatazos e insultos, durante toda la noche. Cuando era la mañana nos trasladaron en una camioneta, unos sobre otros, hasta la 5ta zona Naval. Seria para el control porque nunca hubo interrogatorio. Volvieron a amontonarnos en la camioneta y los policías caminaban sobre nosotros como sobre cadáveres. Volvimos a la Comisaría pero, antes que saliéramos, una orden de mando decía:

"¡Llévenlos al Maipo!"

Ese era el regimiento, pero llegamos a un barco. Después supimos que también se llamaba Maipo y era de la Compañía Sudamericana de Vapores. En la bodega del barco, cargada de rollos de papel de imprenta, había, al menos, un centenar de prisioneros. Allí nos quedamos taciturnos, repasando estos últimos días, cargados de emociones, de muerte y de angustia, pero seguíamos vivos.

Desde la mañana del Golpe nuestros cuerpos estaban invadidos de una suerte de fiebre, de temores y escalofríos, pero salimos, apenas pudimos hacerlo. Buscamos a nuestros compañeros, supimos de nuestros primeros muertos. Recorrimos los cerros contactando a la gente y reuniéndonos. Ya sabríamos que hacer. Al tercer día yo les dije a mis compañeros que el Golpe se veía de larga duración. Al menos son diez años, fatalice. Me tildaron de pesimista. De allí baje con un compañero que "me protegía", aunque nunca supe cómo.

"Déjame aquí. Pasaré a destruir una libreta", le solicité. "De ahí voy a mi casa de seguridad".

Ese día salimos por primera vez sin que nos vendaran las vistas. Llegaba la Cruz Roja Internacional, ellos querían saber cuál era nuestra situación en este campo de concentración.

Las casas se veían añosas, techos de calamina oxidados y los volúmenes algo desvencijados, pero una gran arquitectura. Los colores contrastaban con ese gran cerro de caliche y arenas que se levanta, casi desde el mismo mar. Tratábamos de acordarnos más acerca de la historia salitrera. Hernán, nuestro intelectual, nos dijo que este había sido un importante puerto, con ferrocarril y todo. No nos imaginábamos por donde bajaban las máquinas porque todo lo que veíamos eran acantilados.

"Nadie sale vivo de este campo. Ni por tierra, ni por mar. Nos aclaró el primer día nuestro comandante Larraín".

Los gobiernos de Ibáñez y de González Videla habían probado que este era un sitio adecuado para recluir subversivos. El espacio que teníamos era espectacular. Nos impresionaba. Nadie saldría de allí y menos después que Larraín, con su imponente voz de mando, nos marcó la cancha.

"¡Ustedes son prisioneros de guerra y si alguien de ustedes se subleva o trata de escapar se ajusticiará al hechor y a más, tomados al azar !

¡Es la ley de la guerra, señores!"

En 1973, la primera semana del Golpe de Estado de Pinochet nos habían enviado a Pisagua, desde Valparaíso, en un carguero de la Compañía Sudamericana de Vapores. Desembarcamos la mañana del 18 de septiembre.

Nos recibieron con la cárcel embanderada y con un regimiento que se había tomado al pueblo. Sergio Larraín, instaló su comandancia en el viejo Hotel y a nosotros nos ubicó en la cárcel que también fue desocupada.

Entonces, nos impresionó más pasar entre dos robustas veredas de soldados armados hasta los dientes. Ahora mirábamos por primera vez las casas y el paisaje seco de un desierto que yo no conocía.

Nos hicieron limpiar el teatro porque allí íbamos a recibir al Veedor de la Cruz Roja. Un edificio que hoy parece imposible que haya sido construido en este puerto. Hasta Caruso cantó en este escenario, nos contó alguien. Nosotros cantaríamos allí, por primera vez, el Himno Nacional con las estrofas de los "valientes soldados". Se nos subió la voz en: "¡o el asilo contra la opresión!" Patético el discurso de nuestro comandante protector, Sergio Larraín: estábamos en un campo de resguardo.

Nos sacaron a una playa arenosa, seguramente la misma donde los soldados entrenaban con nuestro cuerpos. Uno de los oficiales nos aleccionó:

"Vendrán estos señores extranjeros y si nosotros sabemos que alguno de ustedes se va de lengua aténganse a las consecuencias. Tenemos observadores por todos lados. Ustedes ya saben lo que sucede en este campo".

Ese día, a pesar de las tensiones, fue para nosotros un día especial. Pudimos caminar sobre la arena, sentir el sol e incluso los más afortunados estuvieron en el mar.

El Veedor de la Cruz Roja era un hombre pulcro y de mucha fineza.

Vestía un terno clarito, una corbata que bien combinaba con sus ropas, gestos y la delicadeza de su voz. Al entrar al campo de Pisagua se encontró con un escenario casi idílico que soldados y prisioneros habíamos levantado. Unos jugaban con una pelota en la playa; los que tenían moretones en las piernas chapaleaban en el

mar; otros jugaban ajedrez y damas sobre la playa. No sé adónde sacaron tanta utilería.

Más parecía un campo de recreación que de prisioneros. Recorrí, con su figura impecable y centroamericana, el campo que habíamos organizado esa mañana. Los soldados se camuflaban en atalayas dispuestas con precisión en la periferia de la inspección.

De vez en cuando se detenía y, con cuidados gestos, hacía alguna observación a quienes lo acompañaban o a nosotros, desaliñados y reventados por las circunstancias.

"¿Cómo se encuentran?"

"Normal, en circunstancias como éstas. Repetíamos una y otra vez, de la misma manera".

Nosotros tres, como teníamos moretones en todo el cuerpo quedamos con nuestras ropas puestas. Paseábamos de un extremo al otro del campo, esa era nuestra coreografía. Nos detuvimos en el límite norte. Allí se elevaba el cerro. Conversábamos. Entonces, desde dentro de los matorrales, escuchamos un susurro, que inicialmente confundimos con un pajarillo.

"Pst, pst," repitió dos o tres veces el chasquido y cuando hicimos el silencio, otro sonido se deslizó por la ladera, arrastrando piedrecillas y cayó casi a nuestros pies. Era una bolsita. Miré desconfiado a mi alrededor y la alcé para saber qué había dentro.

Era harina tostada de maíz. Con toda confianza la probamos. En esos momentos equivalía a recibir el más exquisito chocolate suizo que nos mandaba alguno de los pocos vecinos de este pueblo tomado. Un guiño de complicidad, con sus compañeros. Ellos habían quedado afuera.

Este gesto me permitió aminorar la distorsionada imagen que estábamos construyendo del ser humano en estas tierras del desierto.

Mi celda albergaba a 42 compañeros: Hernán, primo del primer Canciller de Relaciones Exteriores del gobierno militar. Era el profe y se sabía de memoria casi toda la poesía de Neruda. Cuando supimos de su muerte su memoria fue fundamental en los "recitales" con que reconstruimos a nuestro poeta.

El Pato, era grandulón y de una transparencia "naif". Fue la primera vez que nos llevaron al "Patio de Arena", al parecer muy cerca del mar. íbamos siempre vendados y con las manos atados a la nuca cuando nos sacaban de las celdas.

Eramos unos 20 y debió ser igual el número de soldados, de los que hacían su servicio militar. Una voz de mando preguntó:

"¿Quién de ustedes es comunista?"

Nuestro Pato era Jefe del Puerto en Punta Arenas y como disciplinado militante y funcionario público se presentó la mañana del 11 al puerto de Valparaíso, ciudad donde se encontraba de paso. Así llegó a Pisagua.

"¿Quién de ustedes es comunista?" reitera el oficial, más enardecido.

Entonces escuchamos la voz de nuestro buen Patricio que responde como si hubiese escuchado su apellido: "Yo señor!"

Entonces mil botas se abalanzaron sobre las carnes indefensas del patagón. Nosotros escuchábamos los movimientos de los cuerpos, los golpes, los apaleos. Finalmente lo pusieron dentro de un tambor, hicieron rodar el artefacto y golpeaban sobre él hasta hacerle sangrar los oídos.

Nosotros éramos golpeados con patadas, puños, manoplas y laques, pero tengo la certeza, que todos seguíamos la paliza que le propinaban a nuestro Pato, hombre cabal.

En esa vuelta un muchacho soldado me habló muy cerca del oído y mientras me golpeaba muy levemente me decía:

"Grita fuerte, guevón, grita fuerte!"

Hernán, era también el Flaco, vivía en una pobla del Puerto y trabajaba en el mercado. El 11 lo detuvieron porque levantó la bandera a media asta. El flaco se defendía:

"A mí me enseñaron en la escuela que cuando muere un Presidente la bandera se iza hasta la mitad".

Los carabineros no se convencieron y llegó hasta Pisagua, a nuestra celda.

Con un arquitecto de Valparaíso logramos confeccionar un mazo de naipes ingleses. Si hubiéramos estado en Dawson habríamos necesitado naipes españoles para jugar al truco, lo que sí hicimos fue darle el acento chilote a los jockers: eran personajes de la mitología de las islas. Todo el penal colaboró aportando tapas de una conserva que, a veces, lográbamos comprar con los guardias y que se ingresaba casi de contrabando. Eran conservas "Cavanca", una latita ovalada que venía en una caja de cartón con dos caras impresas e iguales. Cuando le dábamos aplicación a esta compra parecía más sabrosa todavía.

Todo el campo terminó jugando con nuestras cartas.

Los hermanos Leni eran hijos del administrador del gaseoducto de Valparaíso. Como no lo capturaron a él, se vengaron raptando a su familia. Sergio Larraín, comandante del Regimiento que nos mantenía prisioneros, pasaba inspección semanal a la cárcel. Cada vez que lo hacía llamaba a los hermanos para que se acercaran a la reja. Ellos usaban unas poleritas azules, eran muy delgados y sus facciones eran europeas. Como un par de cervatillos asustados rompían filas hacia los ojos zarcos de Larraín.

"Ustedes están condenados. Se les acerca su día. Nadie los salvará de ésta."

Siempre les decía lo mismo.

Tendrían 16 y 17 años. Cuando se retiraba el verdugo sus compañeros los abrazaban, pero nunca se quebraron. Eran los más jóvenes entre los jóvenes que éramos entonces.

Las celdas eran frías, especialmente por las noches, pero un día nuestras manos lograron atrapar el sol pampino. El sol es escaso en primavera; las costas se cubren de bruma y camanchaca. Un día alargué mi mano fuera de los barrotes, hacia el patio de luz de la cárcel, y sentí el calorcito en la palma de mi mano. Estuve hasta que se me agarrotaron los brazos disfrutando de esa energía. Así también ocurrió con el pan que nunca antes nos habíamos detenido a degustarlo, pedazo a pedazo y miga a miga, porque ahora también comíamos las migajas del pan.

Yo no conocía el desierto. Sabíamos de Pisagua como sitio de reclusión durante los gobiernos de Ibáñez y González Videla. Ni siquiera habíamos leído la novela de Volodia Teitelboim, "La Semilla en la Arena". El 18 de septiembre desembarcamos en el legendario Pisagua, puerto salitrero y de glorias de la historia militar chilena. Con nosotros se reforzaba este estigma político. Habíamos zarpado desde Valparaíso el sábado 15 de septiembre, en uno de los dos buques que la Compañía Sudamericana de Vapores, había dispuesto como apoyo a esta nueva gesta militar chilena. Nosotros viajábamos en el "Maipo". El "Lebu" había quedado surto en la bahía de Valparaíso y junto a la "Esmeralda", nuestro buque-escuela, eran cárceles flotantes.

Doscientos setenta y dos personas poblábamos en una sórdida escena cinematográfica, las tres bodegas de la nave, que iba cargada de rollos gigantes de papel que la naviera debía transportar a Norte América. Eran recintos que se cerraban casi

herméticamente y sólo una pequeña escotilla se abrió 4 ó 5 veces durante nuestra estadía.

En la oscuridad fuimos descubriendo a profesores de la universidad, como el Tío, a compañeros de otras carreras y universidades, a funcionarios públicos y a mucha gente común, entre ellos los "Hermanos Coraje", tres hombres, dueños de una pensión universitaria, que fueron apresados por los militares al descubrir que los estudiantes habían volado del lugar. Era gente que había aplaudido el golpe de estado pero que, para colmo, nadie creía en su versión.

Estábamos en cerros de papel entre los que nos cobijábamos. A ninguno de nosotros se nos ocurrió nunca sacar hojas de estos rollos que tanta utilidad pudo prestarnos. No sabíamos qué iban a hacer con nosotros.

Dormíamos o reposábamos en silencio. Yo estaba en la bodega de proa. Debí ser la amanecida cuando alguien habló como para que todos lo escucháramos:

"Están soltando las espías. Estamos desabraccando del muelle."

Más tarde, la misma voz confirmó: "Vamos navegando".

Un silencio sepulcral repletaba las oquedades de nuestra cárcel marina. Sólo esperábamos que alguien nos instruyera. Nuestro experto, que después supimos era un marino mercante, tan preso como nosotros, volvió a intervenir lacónico. "Vamos mar adentro, al este".

En todos nosotros estaba la memoria de ese truculento episodio, durante la dictadura de Ibáñez, cuando el Prefecto de Investigaciones de Valparaíso fondeó a comunistas en este mismo mar Pacífico por donde ahora navegábamos en la incertidumbre. La angustia perduró, al menos una hora, hasta que nuestro espectacular vigía nos vuelve el alma al cuerpo. "Enrumbamos al norte".

Y como un chiste para quebrar las tensiones una voz replica:

"Rumbo a Pisagua".

Todos gesticulamos una risa porque esa opción, de todas maneras, era la vida.

La primera vez que se abrió la escotilla fue para sacarnos a cubierta. Todavía estábamos en Valparaíso. Nos dieron un plato de porotos, pero la razón de fondo era identificar a ciertas personas consideradas importantes para ellos. El oficial que estaba con otro marino en la boca de la escotilla tenía fotos que observaba cada vez que alguien aparecía engeguado por la luz de fuera. Así reconocieron a Juan Yantok, un compañero de arquitectura, del MIR, y lo sacaron a golpes y patadas del barco. Nosotros volvimos a nuestras mazmorras.

La escotilla se abrió en tres oportunidades más. se deslizó una mano generosa y lanzó al vacío un par de manzanas. La otra vez, cayó una caja de cartón con porotos, seguramente restos de la comida de los marinos. Se estrelló en el fondo, muy cerca de nuestros baños y urinarios improvisados. Así y todo la gente saltó a alimentarse. Llevábamos mucho tiempo sin comer. Discutimos de cómo arreglar las cosas a futuro, de nuestra animalidad, de cómo ellos querían que llegemos a esto, pero ya no hubo más raciones. De pronto la escotilla dejó ver un rostro amigable que nos traía información.

"Nos dirigimos a Pisagua. Allí permanecerán hasta que el país se estabilice. Sus familias han sido ampliamente informadas. En Pisagua podrán pescar, mariscar y tener diversas actividades porque allí hay un recinto modelo que está acondicionada para la rehabilitación de presos comunes".

Se nos subió la moral y dejamos de cocinar "caldo de cabeza" como entonces llamábamos a nuestros ensimismamientos. Pero otra cosa en con guitarra .

Desembarcamos con botes inflables de color gris, en el muelle de Pisagua.

El desierto estaba en toda su dimensión frente a nuestras vistas. Nos impresionó la fortaleza natural a la que nos introducían; nos impresionó el despliegue de fuerzas y armamentos con que nos recibieron; nos impresionó cómo el comandante Sergio Larraín nos leía la cartilla.

Nos sentimos empujados y supimos que Pisagua no podía perder su fama de lugar de castigo.

Había 8 celdas grandes de 15 a 20 mts², distribuidas en el 2da y 3er piso. En ellos vivíamos más de 40 personas. En cada nivel había lavaderos de cemento, con 3 fuentes cada uno. Y tres baños carcelarios. En la planta baja un patio y varias celdas pequeñas. Allí tenían a los agentes de aduanas de Valparaíso con quienes iniciaron las ejecuciones. En este patio se nos alimentaba por grupo. Un desayuno, con medio pan y un vaso de un té, de indefinido origen. El almuerzo era un pote de porotos u otra legumbre, bien condimentado con piedra alumbre para que se apague el apetito sexual. Por la tarde se repetía la ración del desayuno.

Ha sido la alimentación más exquisita que hemos probado en nuestras vidas porque siempre estábamos con hambre. Una vez a la semana lográbamos algún complemento; una vez rodajas de cebollas (que no las como) o conservas cavancha, que introducimos muchas veces.

El Campo de Prisioneros de Guerra, según la denominación del comandante Larraín consideraba a todo el pueblo. Sin embargo, sólo dos recintos serían usados intensamente: la antigua cárcel, construida en 1907, y un hotel anexo a este recinto, separados sólo por una hermosa reja de fierro forjado. En el hotel se instaló a la Comandancia y la cárcel fue para nosotros.

Sólo, una semana antes que este grupo inicial fuera trasladado a Valparaíso, fuimos instalados en un gran galpón que otrora fuera usado por una industria pesquera. Hay sólo persiste el radier de cemento.

Rudimentarios carteles anuncian un almuerzo por \$2500 que incluye una visita a la cárcel. Tomamos la oferta. Debí ser el patio de los oficiales. Recorro el lugar, recorro la memoria; desde nuestras celdas sólo veíamos la reja que conecta con la cárcel. En los laterales del primer piso estaba la enfermería. Nunca vi estas dependencias, aunque talvez estuve en ellas para los interrogatorios. Me aferro a la reja y observo la otra habitación, con sus escaleras y sus celdas con barrotes.

La cárcel desde fuera es un cubo que se destaca en el poblado con casas de poca altura. Paredes de tapia, pisos de madera y rejas de fierro oxidado. Hoy es la bodega del hotel. La dueña, una joven muchacha con rasgos europeos nos atiende con nerviosismo. El patio lo han maquillado con piezas de arqueología pampina que distribuyen en una exhibición desaliñada. Ni una referencia a lo que allí sucedió en el campo de concentración. Paseamos por el recinto, cruzamos frases inocentes; hay un duelo permanente en esta visita. Llama a su hijo de cinco años:

"¡Augusto, ven a almorzar!"

Almorzamos pescado con una ensalada de lechugas, en silencio, en el jardín interior de la estancia.

Finalmente el postre.

Se abrió la reja y pasamos a mi antigua cárcel. El marido de nuestra anfitriona, de claros rasgos extranjeros, limpia un coche y evita cruzarse con nuestras miradas. Las celdas chicas del primer piso están atiborradas de trastos. Allí estuvieron nuestros

compañeros de aduanas antes de ejecutarlos. Hoy sólo mesas con patas quebradas y trastos inútiles.

En un recodo, antes de subir las escaleras, estoy con un trozo de pan y un tazón de agua. El oficial está a media escalera, con un ayudante y una tablilla portapapeles con un listado.

"¿Necesitamos hombres robustos y forzudos para clavar estacones fuera del recinto?"

Muchos levantan la mano. Hay barullo.

"¡Silencio! Yo los tomaré al azar".

Observo por el rabillo del ojo. Estoy demasiado cerca como para no ver las marcas frente a ciertos nombres. Fue un día de acción porque a las horas llegaron a buscar a seis personas que tuvieran experiencia en pintar. Salimos profesores de arte, arquitectos y maestros

chasquillas: especialistas en brochas gordas y finas. Después de varias horas de brocheo dejamos nuestra cárcel muy blanca por dentro.

Entrada la noche sería, cuando el comandante Larraín se instaló a media escalera. Desde allí dominaba el primer piso, con celdas cerradas, y el segundo y tercer piso con barrotes.

"¡Me han pagado como a un perro! Lo dijo con todo su cuerpo, con rabia, asustado.

Les busqué una distracción para que se ejercitaran, para que no se tulleran. Sacamos dos grupos a trabajar fuera de sus celdas. El de los pintores volvió. El otro no volverá más. Los desgraciados trataron de escapar. Pero de Pisagua nadie escapa y todo el que lo intente tendrá similar fin. Era gente adiestrada. Trataron de esquivar las balas, pero al final fueron cayendo uno a uno. Como perros quedaron en la arena".

Le cuento esto a mi compañera de viaje y le comento:

"A uno lo enterraron vivo y bajo la pañoleta de fusilamiento hay una muesca de terror imposible de olvidar. Fue portada de un diario nacional cuando volvía la democracia a Chile".

Hay algo que no está bien en esta escenografía. Es como caminar sobre los huesos de los muertos, descalcificados, descalcificados por estos nuevos tiempos. En el segundo piso reconozco los baños y nuestras celdas. La mía encerraba a 42 personas.

"Es muy pequeña para eso," comento.

En mi recuerdo se ensanchaba para que estuviéramos más cómodos. Hay una mesa de ping-pong para que jueguen los turistas, nos explican. Pintaron las paredes para borrar nuestras improntas, pero huele igual a como yo la recordaba.

Una noche hicimos un programa de televisión y cada celda abierta era un canal. Para la segunda o tercera oportunidad ya nos negaron el permiso. Igual teníamos nuestras tertulias en cada recinto, como el inolvidable recital que se le brindó a Pablo Neruda ese día que supimos que había muerto. Hernán fue el protagonista y a través de su memoria muchas veces hojeamos la obra del poeta.

Los pisos encerados huelen a parafina y las otras celdas están repletas de muebles desvencijados. No hay acceso al tercer piso: está por derrumbarse.

Estoy de pie en una estancia donde se escuchan máquinas de escribir.

Un soldado a mi alrededor me clava esporádicamente un yatagán en los lugares más impredecibles. La hora anterior fuimos duramente castigados y nuestros cuerpos están adoloridos y casi insensibles a la acción del cuchillo. Nos dejaron botados a todos en una pieza de madera, ahí seguimos vendados y silenciosos hasta que nos llegaban a sacar.

"A este lo fusilan, dijo una voz de mando".

Y me ubicaron en un muro. Con mis manos atadas a las espaldas pude tantear la superficie de calamina. Ahí me dejaron mucho tiempo, esperando. No pensé en la muerte, ni tuve recuerdos. Entonces fabulé con mi ingenuidad campesina y tuve la certeza que no iban a disparar contra un muro de latón. Y así sucedió. Tengo 24 años y estudié en el Colegio San Francisco Javier de Puerto Montt. Entonces me vine a Valparaíso a la Universidad de Chile a estudiar castellano, pero yo insistía frente al interrogador que trabajaba en el Liceo 2 de Playa Ancha y estudiaba en Bellas Artes.

Reconocer que, además, estudiaba en el Pedagógico era una condena premeditada.

"¿Y qué pintai?", pregunta el del yatagán, casi en mi oído.

"Arte abstracto", respondo con seguridad y cinismo.

"¿Y qué guevái es eso?", inquiera con un profundo pinchazo en la nuca.

Trato de explicar con sobresalto y su oficial le dice que me deje hablar. Así inicio una disertación de arte frente a un público abstracto. El interrogatorio sigue la misma línea luego que me preguntan por Manoly, un pintor paisajista de Puerto Montt. Como alguna vez había estado en su atelier acompañando a Gabriel Valerio, su primo y gran amigo mío.

"Si lo conozco", respondo, "pero su arte más significativo no es el paisaje de Angelmó, que todos conocen, sino una serie de pintura surrealista que guarda celosamente y no está a la venta", respondo con propiedad.

Desde entonces ya no sentí ese cuerpo tenebroso paseándose a mi alrededor y el interrogatorio se volvió casi una charla de arte y literatura, porque Neruda fue el siguiente tema.

"A mí me gusta Residencia en la Tierra", dije.

A los días, cuando salíamos de Pisagua rumbo a Valparaíso, descubrí porqué este interrogatorio final había sido tan especial. Una semana o diez días estuvimos en el gran galpón. Era angustioso no conocer nuestro destino, pero estábamos todos juntos y así éramos más fuertes.

Un día nos embarcaron hasta Iquique, pasamos frente a la rada. Nos forman en el muelle.

"Renato Cárdenas Álvarez", dice el oficial.

"¡Presente!", respondo levantando la vista.

Entonces veo que el Guatón Mackay es quien nos pasa lista. Era compañero del colegio. Estudiaba en la Escuela Naval y ahora estaba cumpliendo su "cometido".

Al bajar del bus en el aeropuerto, fuimos los dos últimos; no me pasó lista. Hablamos como viejos compañeros sanjavierinos, me ofreció ayuda.

"Tengo 8.000 escudos; es la plata que tenía para mi pensión", le explico.

"Se devaluó la moneda me cuenta. Con eso te alcanza para una cerveza".

"Gracias, le contesto con cortesía. En Valpo me consigo dinero".

"No hagan ninguna tontería", me aconsejó, "tenemos órdenes de lanzarlos desde el aire si es necesario".

Bajamos en el Belloto, cerca de Valparaíso, luego de un largo traqueteo en un avión para traslado de tropa. El campo naval era un paisaje apocalíptico: grandes excavaciones eran custodiadas por un marino con metrallera. En su interior unas 20 o 30 prisioneros, con las manos en la nuca, distribuidos en la concavidad del terreno.

El oficial Mackay cruzó este tenebroso campo, despidiéndose con una mirada afectiva. Desde entonces no lo he vuelto a encontrar. Tal vez él me sacó de Pisagua.

27 de Febrero 2008 La Nación

Familia de Tucapel Jiménez no se opone a beneficios carcelarios al asesino del líder sindical

El diputado Tucapel Jiménez Fuentes, hijo del ex presidente de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), Tucapel Jiménez, expresó este lunes que su familia no se opondrá a que se le entreguen beneficios carcelarios a Carlos Herrera Jiménez, condenado como autor del crimen del dirigente sindical.

Ello, porque "para lograr una mejor convivencia, todos tenemos que estar dispuestos a hacer esfuerzos y sacrificios, y siempre con el único objetivo de que otras familias conozcan el paradero de sus seres queridos y que tengan esa tranquilidad espiritual que nosotros tenemos", explicó.

También el hijo del asesinado líder de la ANEF señaló que sería importante crear una ley que otorgue beneficios, además de los ya existentes en el Código Penal, a los encubridores y a los cómplices de los delitos de lesa humanidad cometidos en la dictadura para fomentar la entrega de antecedentes que permitan hallar a más víctimas.

"Yo soy un convencido que los militares activos ya no van a entregar información, por lo tanto, nuestra única posibilidad, es que lo hagan las personas que están siendo procesadas o las personas condenadas. Es nuestra única alternativa y nuestro único objetivo en esta propuesta apunta a que otras familias también conozcan la verdad, el paradero de sus seres queridos y logren al menos la tranquilidad espiritual que nosotros como familia ya logramos", enfatizó.

Acerca de la propuesta del general (r) Juan Emilio Cheyre, quien planteó la incompatibilidad de ocupar cargos públicos de cualquier persona que haya tenido participación en acciones de violencia política, Jiménez, dijo que "es bueno que salgan propuestas, que las pongamos en la mesa y saquemos lo mejor de ahí, yo creo que eso es lo que hay que hacer".

"Como familia también queremos hacer una propuesta para buscar caminos de mejor convivencia, y yo creo que hay puntos que uno podría agregar a la propuesta del general Cheyre como ponemos de acuerdo si justificamos las violaciones a los derechos humanos o las repudiamos; que en los grupos de inhabilidad que Cheyre propuso estén aquellos que ocuparon cargos políticos en el gobierno de Pinochet; pasar a retiro a todos los militares que estuvieron alguna vez en la Dirección de Inteligencia Nacional (Dina), la Central Nacional de Informaciones (CNI) y la Dirección de Inteligencia del Ejército (Dine); y que las Fuerzas Armadas, de una vez por todas, pidieran perdón al pueblo de Chile por todos los horrores cometidos", aseveró.

Tucapel Jiménez Fuentes recalcó que Chile ya tiene una visión clara de lo que fue su padre "un trabajador honesto sano limpio, democrático, que siempre quiso lo mejor para los trabajadores del país", por lo que sostuvo que "ahora estamos enfocados en que los jóvenes conozcan quien fue este hombre, que sabía fehacientemente que había posibilidades de que lo mataran e igual siguió con su lucha, eso es un acto de valentía".

Por último el parlamentario hizo un llamado a todos los sectores políticos para que sin intereses partidarios en una sola misión que es impedir "que tan solo una familia se extinga en este mundo sin saber por qué le asesinaron a su familiar, cómo fueron las circunstancias de la muerte y finalmente donde están sus restos; si logramos ese objetivo tengan por seguro que llegaremos a una mejor convivencia".

Este material ha sido tomado de un medio de prensa de libre circulación en Chile, cuyo crédito se menciona en el despacho. Los envíos no representan la postura de Amnistía Internacional. Se le envía como servicio por que su contenido está relacionado con la temática de una lista de distribución operada por AI Chile a la que está suscripta su dirección. Si no desea recibir nuestros envíos, por favor devuélvanos el mensaje y retiraremos su dirección de nuestro listado.